

CAPITULO II

Principio de la civilizacion en el Brasil. — Trabajos de los jesuitas. — Rasgos heróicos de los misioneros. — Algunos de los medios que aquellos adoptaron en su propaganda. — Escuelas. — Enseñanza de las artes. — Trabajos agrícolas. — Oposicion formidable que sufrieron. — ¿Por parte de quién debió quedar la victoria? — Expulsion. — Un hecho digno de notarse.

Los hombres de Estado que pusieron el caudal de su experiencia y de sus luces al servicio del género humano, trabajaron sin provecho cuando se esforzaban por civilizar á los pueblos por otros medios que la religion. La constante experiencia de tantos siglos cuantos son los que cuenta de edad el género humano, ha probado evidentemente que en todos los países la civilizacion fué una quimera, siempre que sus principios no estuvieron apoyados en la conciencia religiosa de los pueblos. La historia del Nuevo Mundo ofrece á este respecto una serie de observaciones que los políticos jamas deberian perder de vista. Por grande que fuese el poder de los reyes de la Península ibérica, por formidable que fuera la fuerza de que disponian sus capitanes en América y activa la soli-

itud que desplegaron estos mismos para inocular en los rudos habitantes de un nuevo mundo los principios de la civilizacion, nada hicieron ni nada pudieron hasta que la Cruz irradió en el horizonte de aquellas dilatadas regiones, y sus luces se derramaron llevando á sus habitantes nuevos principios y nueva vida. Por eso el inmortal Luis Valdivia decia desde Araúco al rey Felipe II de España: « Vuestros soldados armados de espadas y de lanzas son tan inútiles como vuestros cañones para reducir á estos indios á vida social. Retirad aquellos, enviadnos celosos misioneros, y en poco tiempo mas toda esta tierra será cristiana y obedecerá vuestras leyes (1). » Esto mismo sucedia en el Brasil cuando á la voz de algunos misioneros, abandonando sus bosques favoritos, las turbas conmovidas venian á formar chozas en rededor de la humilde capilla donde recibieran el sagrado carácter del cristiano. Este fué el principio de las ciudades populosas que son hoy para aquel grande imperio el emporio de las riquezas y el foco de sus luces. Apenas fué descubierto el Brasil cuando mil atrevidos especuladores arribaron á sus playas proponiéndose ganancias desmedidas que habrian de reportar en el comercio con los indigenas. El poder de los reyes fidelísimos favorecia estas empresas y algunos imaginaban que por semejante medio las inmensas regiones que riega el Amazonas quedarian abiertas para los europeos, y los tesoros que encierran sus montes y sus valles no tardarian en derramarse en las arcas de Portugal. Pero estos

(1) *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*, tomo I.

planes eran irrealizables. Los tamoyos, los pitagoares, y tantas otras tribus de indigenas, con las armas en la mano y el amor patrio en el corazon, resistieron tratar con aventureros codiciosos de sus riquezas, y cayendo mas de una vez sobre las pequeñas plazas que aquellos construyeron para guardar sus personas é intereses, las asolaron exterminando á sus habitantes. Una guerra á muerte consumi6 á colonos y salvajes, dejando desiertos los mas bellos territorios del Brasil. Olinda, Espiritu Santo y Puerto Seguro, habian sido ya reducidos á cenizas, cuando dos sacerdotes, penetrando hasta las tolderías mismas de los bárbaros, lograron inspirarles sentimientos de paz y de conciliacion que hasta ent6nces les fueran desconocidos. No rehusaron aquellos her6icos mediadores quedarse entre las manos de los salvajes como prenda de paz, ni comprar con sus dilatadas agonías la salvacion para las colonias europeas y la civilizacion para los feroces habitantes de las selvas. Estos dos hombres memorables eran dos jesuítas, y los nombres de Anchieta y Nobrega los conservará la historia en letras de oro. Aquel acto de her6ica abnegacion vali6 mas á la humanidad que cuantos esfuerzos habian practicado tantos agentes del rey de Portugal y tantos especuladores estimulados por el lucro que les prometia el trato con los indios. Merced al celo de aquellos verdaderos héroes, las hordas salvajes que poblaban los territorios litorales pudieron conocer los únicos principios de donde emana la felicidad pública é individual, á saber, las verdades de la religion cristiana.

Empero estos trabajos de los jesuítas en el Brasil no

solamente tenian la importancia religiosa, sino tambien la política que les daban las circunstancias. Sin ellos, la conquista no habria podido llevarse á cabo por el Portugal, habria este perdido la mejor parte de su nuevo territorio, que los franceses le disputaban, y por último las posesiones mismas que tenia adquiridas, habrian sido mas de una vez arruinadas y saqueadas por los bárbaros. Estos no consideraban en los jesuítas hombres semejantes á los demas, sino que veian en sus personas á los « amigos de Dios, » á sus protectores naturales, á los maestros celosos de su instruccion y, en fin, á los hombres que les envi6 la Providencia para endulzarles las amarguras sin cuento que les vinieron con la invasion de su amada patria por los europeos. Nada extraño debe parecernos, pues, ver á esos mismos jesuítas ejerciendo inmenso ascendiente sobre los pueblos; nada extraño verlos desarmar á sus mas feroces guerreros y convertirlos en aliados de los europeos; nada extraño ver á estos ocurrir á los « hijos de San Ignacio » cada vez que una nueva tempestad venia á luchar contra las nacientes colonias formadas en aquella tierra poblada con hombres que les eran hostiles; ni nada extraño, por fin, que fieles á los intereses de su rey y de los pueblos que les estaban encomendados, libertasen á esas mismas colonias del yugo de una dominacion extranjera. Pero todos estos trabajos dirigidos con valor y constancia que exceden á todo elogio, se hallaban combinados de tal manera que redundaban en gloria de la religion de que eran ministros aquellos inclitos varones. El cristianismo se propag6 con prodigiosa rapidez, y no tan solo en las costas

ó en otros lugares de fácil acceso, sino en las provincias mas remotas é interiores de aquella vastísima región.

La historia de aquella época nos refiere mil rasgos heroicos con que aquellos hombres ilustres atraian sobre sí la admiracion de los demas. Las vidas de Anchieta, Pereira, Gran, Vieira, Nobrega y de otros tantos hijos de San Ignacio que plantaron en el Brasil la fe de Jesucristo, llenas están de sucesos admirables que si por un lado dejan ver la mano de la Providencia obrando en favor de sus apóstoles de una manera tan visible como rara, por otro manifiestan unidos en el hombre que sirve de instrumento á esa misma Providencia, la viva fe, la generosa caridad y la invencible paciencia. No descenderemos á puntualizar todos los medios que les sugeria su ardiente celo para dar cima á la grande empresa que traían entre manos; solamente diremos que ninguno omitieron de cuantos juzgaron aptos para llegar á su objeto. No les era suficiente convertir á la fe los pueblos que catequizaban, ni edificar iglesias donde la majestuosa pompa del culto católico ó las verdades de la fe propuestas con energía ilustran el entendimiento y conmueven la voluntad del que las contempla, sino que establecieron tambien escuelas para instruir á los niños, y fueron estas las primeras que existieron en el Brasil. Para cumplir tan penoso trabajo les fué necesario aprender los diversos dialectos de los países donde se establecian; formar gramáticas y vocabularios para el uso de los estudiantes y traducir al idioma de sus neófitos los libros elementales y piadosos que les eran necesarios. Cualquiera que haya leído las crónicas de aquellos tiem-

pos, habrá visto con cuánto esmero atendian los jesuitas á la educacion de los niños y cuántas ordenanzas hijas de su celo y experiencia dieron en todos los lugares que evangelizaron, á fin de que la juventud recibiese los rudimentos de la educacion civil y religiosa. Considerando estos documentos con la imparcialidad mas severa, parece desde luego imposible que unos pocos hombres esparcidos en un territorio que mide cerca de 150,000 millas, pudiesen en poco mas de un siglo hacer todo lo que ejecutaron, y esto á pesar de la constante hostilidad de las autoridades que debian haberlos protegido.

Todo corazon á quien los vicios no han emancipado de las nobles influencias del espíritu sentirá dulces impresiones leyendo el siguiente pasaje que copiamos de una antigua historia del Brasil. « Cuando los primeros misioneros vinieron á Bahía para levantar allí una casa de residencia, los naturales que ya los conocian, llenos de alegría corrieron á encontrarlos presentándoles muchos regalos de provisiones para su sustento. Hombres y mujeres trabajaron á porfia limpiando el terreno para fabricarles iglesia y habitacion; y los Padres mismos, despues de alzar una gran cruz en medio del campo que les señalaban para su fábrica, dejaron el breviario para acarrear las piedras y la tierra de que se componia su edificio. Cuando este estuvo acabado, juntaron los niños y las niñas en casa de los Padres, los inscribieron en el rol de la escuela y de la doctrina y se entabló la distribucion cotidiana. Antes de enseñar á leer á sus alumnos les daban lecciones de canto, y era este un poderoso auxiliar que encontraban los Padres para sus loables in-

tentos. Los mas adelantados en el estudio salian por las calles entonando en canto de solfa los misterios de la fe. Celebrábanse las fiestas con todo el esplendor que era compatible con la falta de recursos que experimentaban, á fin de que los indigenas respetasen por la majestad exterior los augustos misterios que apénas podia percibir su limitada inteligencia (1). »

Cuando los alumnos terminaban su aprendizaje en las escuelas, entónces recibian otro género de instruccion, y esta era ya en las artes, ya en la agricultura. Quien se haya detenido alguna vez para contemplar alguno de esos venerandos monumentos del arte que dejó al Brasil la Compañia de Jesus, y hoy aparecen casi arruinados y deshechos, despojados de sus primorosos ornatos, de sus bellas pinturas y de sus hermosos paramentos, habrá tenido ocasion de conocer hasta qué punto propagaron los jesuitas las artes en el Brasil. Esos suntuosós edificios dedicados al verdadero Dios en lugares donde reinó la idolatria, obra fueron de neófitos á quienes dieron los Padres lecciones de arquitectura. Ningun europeo puso su mano en esas obras, fuera del religioso que las dirigió; todos cuantos en ellas trabajaron eran brasileños y de lo que entónces pudieron ejecutar debemos inferir cuánto habrian hecho despues de aumentar con el trabajo y la experiencia el caudal de sus conocimientos en el arte. Aun cuando los jesuitas no hubiesen hecho al Brasil otro servicio que este, la justicia reclamaria en su favor la gratitud de la nacion entera. Los hombres en muchas

(1) P. Vasconcellos, *Chronica da Companhia de Jesus*, lib. VII.

ocasiones no quieren ver sino lo que está en armonía con sus ideas. Todo lo que las contradice no existe para ellos sino como objeto indiferente, y á los hombres mismos que tantos recuerdos gloriosos dejan en pos de sí, apénas mirarán con orgulloso desden. ¡Como si no haber existido para profesar ciertos principios los rebajase, ó legar á la posteridad obras imperecederas fuese un crimen! Injusto es este proceder; pero desgraciadamente muy comun en nuestro siglo.

Un pais cuyo suelo feraz promete á sus cultivadores recompensar superabundantemente sus fatigas, ofrecia á los Padres un medio tan seguro como eficaz para ganarse la voluntad de los que estaban llamados á explotarlo. Por eso los jesuitas con sábia disposicion, ó introdujeron ó reglamentaron entre los indigenas diversos trabajos agricolas que, proporcionándoles ventajas desmedidas, contribuyeron á su bienestar y aseguraron la existencia y progreso de las colonias europeas. En ellos emplearon á infinitas familias proporcionándoles con el trabajo una subsistencia honrosa. Para ello formaron pueblos agricolas en las provincias que riega el Marañon y en casi todas las otras del imperio, siendo los individuos que los habitaban los mas felices y libres del Brasil. Como no es nuestro propósito indicar todos los medios que emplearon para procurar la civilizacion de los indigenas, hemos insinuado apénas algunos de aquellos que por su naturaleza, á la vez que contribuian á propagar y cimentar la fe, desarrollaban rápidamente los elementos del bienestar material de los individuos.

El espíritu del mal que se agita furiosamente donde

quiera que encuentre al bien para combatirlo, suscitó crudas contradicciones para detener en su marcha á aquellos hombres apostólicos. Los especuladores reprendidos amargamente por la falta de honradez que aparecía en sus contratos con los indios: los especuladores, repetidos, reprimidos fuertemente en sus desmanes temerarios sobre los mismos indios, fueron los primeros en alzar la voz contra los PP. de la Compañía. Nadie ignora que así en el Brasil como en toda la América han sido aquellos el primer obstáculo para la civilización de los indígenas, pues que codiciosos preferían su lucro á todos los otros intereses por muy sagrados que fueran. Los jesuitas y especialmente el P. Antonio Vieira, habían elevado á la Corte de Lisboa enérgicas reclamaciones vindicando los derechos de los indígenas vilmente ultrajados á cada paso por los europeos. El rey don Juan IV, vivamente conmovido por la sombría pintura que le dibujaba los males sin cuento que inferían sus vasallos á aquellos infelices, autorizó al mismo P. Vieira con facultades discrecionales para entender en los negocios de los naturales, ordenando á los magistrados que le prestasen los auxilios necesarios, á fin de que sus disposiciones fuesen respetadas por todos. Estas órdenes del soberano que debieran haber producido efectos favorables á la causa que con tanta abnegación defendían los jesuitas, irritaron de tal modo á los especuladores portugueses, que en diversos puntos del Estado atentaron violentamente contra las sagradas personas de aquellos hombres venerables. Y no eran simplemente los especuladores los que se entregaban á estos excesos, sino la mayoría de los

colonos europeos, en cuyas costumbres encontraba mucho que reprender el celo ardiente de los jesuitas. El Brasil, en la primera época de su conquista, no recibía de ordinario otros colonos que los malhechores á quienes el rey de Portugal conmutaba la pena de presidio y á veces la de muerte en destierro perpetuo á aquella colonia, cuyo clima, no conocido hasta entonces sino de una manera imperfecta, era tenido por mortífero. Pocos eran los nobles lusitanos que voluntariamente partían para conquistar en América nuevas posesiones á su nación, cuando la India les ofrecía entonces mismo un campo vastísimo, donde saciar su sed de honores y de riquezas. Aquella mala semilla no tardó en dar sus frutos, y nada tan natural en quien vive familiarizado con los vicios, como remover los obstáculos que encuentra para cometerlos. Los jesuitas los ofrecían y muy poderosos á esos hombres sin fe, sin conciencia y sin pudor, que, llegando al Brasil, creían haber recibido carta blanca para cometer á mansalva toda clase de delitos. Asombra ciertamente la audacia con que en Bahía, San Pablo y aun en Rio Janeiro se amotinaron contra los misioneros dispuestos á publicar las disposiciones de la Santa Sede que fulminan penas gravísimas contra los que ofenden la libertad de los indígenas (1). Pero mas asombra aun ver á la autoridad, legítimo representante del soberano, mostrarse débil en la represión de aquellos atentados, dando lugar de que se cometiesen otros mayores con grave desacato á la persona del monarca. La expulsión de los jesuitas de su

(1) 6 de Marzo 1640

colegio de Belen en el Pará, á pesar de las autoridades locales, á pesar del jefe superior de la provincia y á pesar de las órdenes terminantes del rey, es suficiente comprobante de lo que acabamos de decir.

Si á este grave obstáculo que una gran parte de los colonos del Brasil oponian á los jesuitas empeñados en civilizar á los naturales, agregamos el mas grave aun que ofrecia el clero mismo venido de Portugal, encontraremos dificultades de otro género y tanto mas serias, cuanto eran mas dificiles de allanarse. Es necesario confesar que la Corte de Lisboa no siempre tuvo tino para elegir los elementos destinados á causar el progreso y la felicidad de sus colonias de América. En la eleccion de algunos de los sacerdotes hubo esta falta : los que estaban destinados para instruir y moralizar no siempre llenaron como debian esta obligacion. « Estos querian « mal á los jesuitas, porque no solamente contrariaban « sus costumbres, sino que observando otras del todo « opuestas se granjeaban la estimacion de los fieles con « perjuicio de sus intereses (1). » Era necesario todo el celo de un apóstol para superar tantas dificultades, y los jesuitas lo tenian ciertamente. Nosotros, al asegurarlo así, invocamos el testimonio de todos los hombres imparciales que han emitido su juicio despues de consultar cuanto se ha dicho y se ha escrito en favor y en contra de la Compañía. Queremos copiar literalmente el fallo de uno de aquellos, muy competente para merecerse en la materia. « Todos estos misioneros, dice, eran

(1) *Carta de Nobrega en Pernambuco*, año de 1551.

esclarecidos en el desempeño de sus oficios y celosos por la salvacion de las almas. Se habian despojado enteramente del apego á las cosas de esta vida, y si todos no merecieron los honores del martirio, al ménos todos ellos ardientemente lo deseaban (1). » Fácil parece divisar en medio de tantas contrariedades, coronados al fin los esfuerzos de la abnegacion y de la constancia con la palma del triunfo sobre sus adversarios; pero la victoria no corona siempre á la virtud desde que al hombre corresponde declararla. Los jesuitas victoriosos en presencia de la justicia, de la razon y de su propia conciencia, no lo fueron delante de una corte carcomida por bajas intrigas y gastada por rastreras maquinaciones.

Los PP. de la Compañía fueron expulsados de sus misiones del Brasil. Un rey débil y engañado completamente por ministros que hacian traicion á los verdaderos intereses de su soberano, suscribió aquella orden que condenó á millares de hombres á vivir en tinieblas y á otros tantos á perder las luces que habian recibido. La civilizacion de los indigenas del Brasil comenzó desde entónces á mirarse como dificultosa. Un gobernador del Marañon exponia al rey don José : « No es mi ánimo contradecir ni aun indirectamente las disposiciones de V. M., mas obligado por la orden de V. M. misma á informarle de los medios que crea podrán adoptarse para continuar la educacion de los infieles, cuya conversion tenian á su cargo los PP. de la extinguida Compañía, debo decir francamente que la continuacion

(1) R. Southey, *History of Brasil*, chap. ix.

de esta obra me parece dificultosa por muchas circunstancias. Yo creo que el vacío que han dejado los jesuitas no puede llenarse sino por otros individuos educados bajo el sistema y los principios de aquellos mismos. » Mil circunstancias intervinieron casi al mismo tiempo que esto se escribía, para que Portugal olvidase su obligación de procurar la conversión de los indígenas del Brasil. Porque, á la verdad, no era del marqués de Pombal cuya influencia decisiva sobre el ánimo del rey arrancaba la expulsión de los jesuitas, rompía las relaciones de su soberano con el pontífice y sumergía á la nación en luctuoso cisma; no era, repetimos, de Pombal, aliado de los protestantes de Utrecht y en cuyo corazón existían arraigadas fuertes preocupaciones contra el catolicismo, de quien debían esperar las tribus infieles del Brasil su instrucción y su civilización por la fe católica. Pombal que había destruido á los jesuitas y con ellos la vida civil de tantos pueblos, nada hizo como no fuera sepultar á estos en un caos. Ese hombre por tantos títulos aciago desempeñó el mismo papel que desempeñaron cuantos como él pertenecieron á la extraviada filosofía del siglo diez y ocho. « Tiranizó á los pueblos combatiendo sus intereses y convicciones, introdujo el desorden en la administración y minó la base de la autoridad. »

Los admiradores del marqués de Pombal, que han prodigado elogios sin cuento á su obra despótica, no se pararon jamás un instante para considerar los efectos que ella produjo sobre la civilización brasileña. Mucho se ha escrito y mucho más se ha discutido, es verdad, sobre la justicia ó injusticia de tal medida. El tiempo ha puesto

en transparencia los hechos señalando á los verdaderos criminales. Hoy, cuando nadie cree regicidas á los jesuitas portugueses, ni nadie levantará su voz para defender como justas las hogueras encendidas por filósofos y por liberales para quemar á Malagrida y á sus compañeros; hoy, decimos, podemos apreciar la enormidad de los males acarreados por la criminal medida de Pombal. No necesitamos detenernos para numerarlos. Las provincias meridionales del Brasil son el inmenso mapa donde están dibujados y donde los ven cuantos quieren conocerlos. Las misiones abandonadas, los templos en ruina, los pueblos que fueron y hoy no existen, sus habitantes vueltos á las selvas de donde los sacó el celo y la beneficencia de sus apóstoles, las costumbres bárbaras introducidas de nuevo en naciones que las habían renunciado, suprimidas allí mismo las escuelas establecidas con tanta abnegación de sus fundadores, y en comarcas que fueron ántes cristianas, reinando la idolatría con ultraje de la Cruz! ¡Hé ahí frutos que á nadie honran ciertamente! Contemplando un cuadro semejante, dígase si fué diestra y civilizadora la medida de Pombal. Podrán respondernos afirmativamente los que llaman progreso á las ruinas é ilustración á la barbarie...!!

